

JOSEPH CONRAD

*El regreso*

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA





El regreso

Clásicos del Fondo

Joseph Conrad

## El regreso

Traducción y postfacio  
de J. M. Lacruz Bassols



Primera edición: febrero de 2007  
Segunda edición: julio de 2007  
Tercera edición: junio de 2014

Título original: *The Return* (1898)

© de la traducción y del postfacio: J. M. Lacruz Bassols, 2007, 2014  
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2014  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FC  
ISBN: 978-84-942380-6-2  
Depósito Legal: M-17873-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *The Ball*, James Tissot, 1878

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El regreso





**E**l tren de cercanías procedente de la City surgió impetuoso del negro túnel y, con un fuerte chirriar de las ruedas, se detuvo en la oscura y humeante estación de West End. Se abrieron una tras otra las compuertas de los vagones, dando paso a una multitud de viajeros; bajo los sombreros de copa aparecían unos rostros más bien pálidos de personas sanas, que llevaban abrigos de tonos oscuros y botas lustrosas. Con las manos enguantadas sostenían delgados paraguas y los diarios de la tarde, doblados con apresuramiento, que parecían trapos apelmazados de un color entre blancuzco, rosa y verde. Junto con los demás salió Alvan Hervey, con un puro medio apagado en la boca.

Ignorada por la muchedumbre, una mujer menuda, vestida de negro deslustrado y cargada de paquetes, corrió como una loca hasta que logró encaramarse a un vagón de tercera; y entonces el

tren arrancó. El cierre de las puertas sonó rotundo y agresivo como una ráfaga de disparos. Un golpe de aire helado y preñado de acre humareda recorrió todo el andén, dejando clavado junto a su bastón a un viejo con una bufanda de lana calada hasta las orejas y al que le dio un fuerte ataque de tos; nadie le prestó la más mínima atención.

Alvan Hervey pasó por el torniquete de control. Los viajeros subían con paso ligero una triste escalera de desnudas paredes; de espaldas parecían todos iguales, como si llevaran el mismo uniforme; aunque sus rostros anónimos eran distintos, curiosamente tenían todos un aire familiar, como si fuesen una pandilla de hermanos que, ya sea por prudencia, dignidad, desdén o mero cálculo, se ignoraran totalmente entre sí; sus ojos, vivos o mortecinos, que miraban hacia lo alto de las sucias escaleras, sus ojos, marrones, negros, grises o azules, tenían una expresión idéntica, una expresión concentrada y ausente, como satisfecha y al mismo tiempo vacua.

Dejando atrás el vestíbulo abovedado que daba a la calle, se dispersaron en todas direcciones, alejándose rápidamente unos de otros, como gente apresurada y deseosa de evitar cualquier cosa comprometedor, una familiaridad, una confianza,

algo oculto que pudiera suscitar recelo, como puede ser la verdad o la peste. Alvan Hervey, solo en el vestíbulo, vaciló un instante a la salida, pero al punto decidió ir caminando hasta su casa.

Avanzaba con paso decidido. Una llovizna se iba depositando como un polvillo plateado en las ropas y los bigotes, mojando los rostros, brillantando las aceras, oscureciendo los muros y haciendo que goteasen los paraguas. Hervey caminaba bajo la lluvia con la indolente serenidad y el aplomo de un triunfador seguro de sí mismo: un hombre rico en dinero y amistades. Era alto, apuesto y gozaba de buena salud, y su pálido semblante ocultaba ese ligero atisbo de brutalidad que dan los talentos fácilmente adquiridos, como puede ser el descollar en los deportes, en el arte de hacer dinero o el poseer un ascendente natural sobre los animales y los desheredados.

Se dirigía a casa mucho más temprano que de costumbre, directamente de la City sin pasar por el club. Él se consideraba de buena familia, culto e inteligente, pero ¿quién no se considera así? Sin embargo, su familia, su educación y su inteligencia eran rigurosamente idénticas a las de los hombres con quienes hacía negocios o con los que se divertía. Llevaba cinco años casado. En su

día, todas sus amistades declararon que estaba de lo más enamorado; y así lo había dicho él mismo, con toda franqueza, pues sabido es que todo hombre se enamora una vez en la vida, siempre que no fallezca la esposa, en cuyo caso es digno de elogio el enamorarse una segunda vez. La muchacha era robusta, alta, de pelo claro y, a su juicio, de buena familia, culta e inteligente. Se aburría mortalmente en casa, donde su personalidad, de la que tenía plena conciencia, estaba apresada en un espacio reducidísimo y no lograba desplegarse. Sus andares parecían los de un granadero, era recia y firme como un obelisco, tenía un rostro hermoso, una frente ingenua y una mirada muy pura, pero ni una sola idea propia. Hervey sucumbió de inmediato a sus encantos, y le pareció ser con tal obviedad la esposa que necesitaba que no vaciló en declararle su enamoramiento. A causa de esta ficción poética y sagrada, la deseó con vehemencia por diversos motivos, pero, sobre todo, debido a la satisfacción de imponer su propia voluntad. Puso en ese empeño toda la tediosa solemnidad de la que fue capaz, sin otra razón concebible como no fuese la de encubrir sus sentimientos, algo que, sin duda, resultaba sumamente conveniente. Nadie, sin embargo, se habría extrañado

de que no cumpliera con semejante deber, pues, en rigor, la sensación que lo movía era un deseo, un deseo sin duda más fuerte y un poco más complejo, pero de naturaleza no más censurable que el apetito que pueda sentir un hombre hambriento ante una cena.

Una vez casados, ambos se dedicaron con bastante éxito a ampliar su círculo de amistades. Treinta personas los conocían de vista; otras veinte toleraban, con conspicuas sonrisas, su presencia ocasional bajo sus hospitalarios techos; y unas cincuenta más, como mínimo, llegaron a saber de su existencia. En este círculo ampliado trataban con hombres y mujeres encantadores, que temían más la emoción, el entusiasmo o el fracaso que un incendio, una guerra o una enfermedad mortal; personas que únicamente toleraban la expresión más vulgar de las ideas más vulgares y que sólo aceptaban los hechos que les fueran ventajosos. Era un mundo de gente encantadora, auténtico dechado de virtudes, un mundo donde nada se realiza y donde toda alegría y tragedia se ven rebajadas, prudentemente, a mera satisfacción y molestia. En esta serena región, en que se cultivan bastante los nobles sentimientos para disimular el despiadado materialismo de las ideas y de las

aspiraciones, fue donde Alvan Hervey y su esposa vivieron cinco años de comedia felicidad, jamás perturbada por duda alguna sobre el justo valor moral de su existencia. Ella, para dar rienda suelta a su personalidad, se dedicó a todo tipo de obras benéficas e ingresó en diversas sociedades protectoras y reformistas, que patrocinaban o presidían damas de la nobleza. Él se interesó de modo activo por la política; y, habiendo trabado conocimiento, casualmente, con cierto hombre de letras —y que tenía parentesco con un conde—, se dedicó a brindar apoyo económico a un agonizante diario de carácter mundano. Era una revista semipolítica y bastante sensacionalista, pero con una excesiva pesadez que acababa redimiéndola; y como carecía por completo de convicciones, y no contenía una sola idea novedosa y sus páginas no albergaban nunca, ni por asomo, una pincelada de ingenio, humor o indignación, Hervey la juzgó de entrada bastante respetable. Más adelante, cuando empezó a ser rentable, no tardó en considerar que, bien mirado, aquello no dejaba de ser una empresa virtuosa. Y le sirvió de trampolín a su ambición; asimismo le agradaba la peculiar importancia que él iba adquiriendo gracias al contacto que le brindaba lo que él consideraba que era la literatura.

Su universo se vio ensanchado todavía más por dicho contacto. Alguna vez acudían a visitarlos escritores o dibujantes que gozaban del favor del público, y muy a menudo lo hacía el redactor en jefe de la revista. Hervey tendía a considerar a éste más bien como a un necio, debido a sus grandes dientes (lo correcto es tenerlos pequeños y parejos) y a su cabello, algo más largo que el de la mayoría de los hombres. Bien es verdad que hay duques de pelo largo y, sin duda, aquel joven sabía muy bien lo que hacía. Lo peor era que uno no podía fiarse de él, por grande que fuera su seriedad. Elegante, corpulento, se sentaba en el salón, haciendo caracolear el puño de su bastón delante de sus enormes dientes, y hablaba durante horas, con sus carnosos labios (si bien nunca decía nada inadecuado o reprehensible); hablaba de un modo que se salía de lo habitual; era desconcertante, irritante. Tenía una frente demasiado alta —llamativamente alta— y, debajo de ella, una nariz recta que se perdía entre dos mofletes barbilampiños que se unían en un mentón con forma de zueco. Y en ese rostro, que parecía el de un bebé gordezuelo y diabólicamente astuto, centelleaban un par de ojos negros, vivos, penetrantes e incrédulos. Y, además, escribía versos. Un necio, en definitiva.

Pero la cohorte de personas que se colgaba a los faldones de su chaqué parecía considerar siempre portentoso todo lo que él decía. Alvan Hervey lo atribuía a una pura afectación. A esos artistas, bien mirado, les gustaba mucho darse pisto. Pero todo aquello resultaba de lo más conveniente —y muy provechoso para él—, y hasta parecía agrandar a su esposa, como si ella también sacara algún provecho especial y secreto de aquel contacto intelectual. Ella recibía a los distintos invitados, tan correctos siempre, con una especie de gracia imponente e inapelable, muy suya, una gracia que despertaba en la imaginación de los impresionados visitantes una serie de imágenes incongruentes e inconvenientes, como la de un elefante, una jirafa, una gacela, o inclusive la de una torre gótica o un ángel gigante. Sus reuniones de los jueves se hicieron famosas en su círculo; y éste se ampliaba sin cesar, calle a calle; abarcando también tal o cual avenida o bulevar burgueses, y hasta algunas plazas.

Así vivieron juntos Alvan Hervey y su esposa cinco prósperos años. Con el tiempo acabaron conociéndose lo bastante para llevar en la práctica una existencia como la suya, pero eran tan incapaces de auténtica intimidad como lo serían dos



animales que se alimentaran en el mismo pesebre, bajo el mismo techo, en unas lujosas cuadras. Una vez saciado, el deseo masculino de Hervey se convirtió en hábito; en cuanto a ella, había satisfecho ya sus aspiraciones: abandonar el hogar paterno, afirmar su personalidad, moverse en un círculo propio (mucho más elegante que el de sus progenitores), tener una casa para ella y su propia parcela personal de respeto, envidia y aprobación de la gente. Se entendían mutuamente con cautela, de modo tácito, como un par de conspiradores circunspectos unidos en una conjura que hubiera de reportarles beneficios: eran incapaces de considerar un hecho, un sentimiento, un principio o una creencia salvo a la luz de su propia dignidad, gloria o provecho. Cogidos de la mano, se deslizaban por la superficie de la vida, en una atmósfera pura y gélida, a la manera de dos hábiles patinadores que dibujaran figuras sobre el hielo para admiración de los espectadores, y que ignorasen con desdén la corriente subterránea, la corriente tumultuosa y oscura, la corriente de la vida, profunda e inasequible a las heladas.

Alvan Hervey torció dos veces a mano izquierda, una a mano derecha, recorrió dos de los lados de una plaza cuadrada, en cuyo centro había

un grupo de árboles inofensivos y respetables, cautivos detrás de férreos y altos barrotes, y llamó a la puerta de su hogar. Abrió una doncella. Era una manía de su esposa que el servicio fuera sólo femenino. Mientras se hacía cargo de su sombrero y del abrigo, la muchacha le dijo algo que le hizo mirar el reloj. Eran las cinco y su esposa no estaba en casa. No había nada insólito en ello.

—No, nada de té —dijo, y subió las escaleras.

Subió sin hacer ningún ruido. Las varillas de cobre brillaban a lo largo de la alfombra roja que ceñía los peldaños. En el primer descansillo, una mujer de mármol, cubierta decorosamente de los pies a la cabeza por una túnica de piedra, avanzaba un pie sin vida hasta el mismo borde del pedestal, mientras alargaba ciegamente un brazo rígido que sostenía un haz de luces. Hervey tenía cierto gusto artístico para decorar el interior de su hogar. Pesados cortinajes recogidos por abrazaderas disimulaban los rincones más sombríos. De las paredes tapizadas con papel floreado colgaban bocetos, acuarelas y grabados. Estaba claro que tenía gustos artísticos. Viejas torres parroquiales dominaban masas de verde follaje; las colinas eran de color malva, las arenas amarillas, el mar soleado y los cielos azules. Una muchacha con ojos

soñadores descansaba, en una barca anclada, en compañía de una cesta de comida, una botella de champaña y un enamorado que llevaba una chaqueta de franela. Muchachos de piernas desnudas requebraban tiernamente a mozas harapientas, dormían en escaleras de piedra o correteaban con sus perrillos. Una chiquita de patética delgadez se apoyaba contra un muro ciego y alzaba sus agónicos ojos intentando vender una flor a los transeúntes; a su lado, enormes fotografías de algún famoso y mutilado bajorrelieve parecían representar una masacre hecha piedra.

Naturalmente, él no se fijó en nada de todo esto; subió un segundo tramo de escaleras y entró directamente al vestidor. Un dragón de bronce fijado por la cola a una ménsula se despegaba de la pared, retorciéndose con paciencia y sosteniendo, entre la furia convencional de sus fauces, una malvada llama de gas en forma de mariposa. La salita estaba vacía, huelga decirlo; pero no bien se metió en ella, la agitación de muchas personas la llenó, porque los espejos de las puertas de los roperos y el espejo de cuerpo entero de su esposa lo reflejaron de pies a cabeza, multiplicando su imagen en una muchedumbre de distinguidos y serviles imitadores, que vestían punto por punto como él, adoptaban

sus mismos gestos medidos y escasos, se movían cuando él lo hacía, se detenían con él en una inmovilidad obsequiosa y manifestaban las únicas señales de vida y sentimientos que él juzgaba digno y prudente manifestar; y, a la manera de seres reales, esclavos de ideas vulgares que ni siquiera son las suyas, simulaban una vaga independencia gracias a la variedad superficial de sus movimientos. Se movían al compás de él, a veces para distanciarse, a veces para salir a su encuentro; surgían, desaparecían, daban la sensación de esconderse tras los muebles de nogal, para acabar reapareciendo, lejos y detrás de los bruñidos espejos, yendo y viniendo, nítidos e irreales, en la convincente ilusión de una estancia. Y, al igual que los hombres a los que respetaba, es indudable que no eran de los que algún día harían algo personal, original o cautivador; ni nada imprevisto o impropio.

Durante un rato anduvo vagando entre aquella buena compañía y silbando una tonadilla popular pero elegante, pensando vagamente en una carta de negocios llegada del extranjero a la cual daría respuesta al día siguiente con cautas evasivas. Al acercarse luego a un armario ropero, distinguió a sus espaldas, en el espejo de cuerpo entero, una esquina del tocador de su esposa; y

entre el destello del neceser de bordes plateados vio la blanca forma cuadrada de un sobre. Tan insólito resultaba ver allí dicho objeto que ya casi había dado media vuelta antes de haber comprendido del todo su sorpresa: los falsos dobles que le rodeaban hicieron lo propio; parecían todos sorprendidos y, enseguida, se precipitaron a su vez hacia los sobres de los tocadores.

Reconoció la letra de su esposa y constató que el sobre le estaba dirigido. Masculló molesto:

—¡Qué cosa más extraña...!

Un hecho insólito constituía algo ya indecoroso de por sí; pero la circunstancia de que fuera su esposa su causante lo hacía ofensivo por partida doble. Era ya bastante ridículo que le escribiese cuando sabía que estaría de vuelta para la cena; pero que hubiese dejado la carta de aquella manera —expuesta así para ser descubierta por casualidad— le pareció hasta tal extremo ofensivo que, pensando en ello, de pronto le embargó una perturbadora sensación de inseguridad y se le pasó por la mente la singular y absurda idea de que la casa se había estremecido bajo sus pies. Rasgó rápidamente el sobre, echó un vistazo a la carta y se dejó caer en una silla que había al lado.